

Entrevista a Jorge Pinto R.

Frontera, Territorio, Identidad e Historia

Yanko González C.
Ricardo Molina V.*

Conocer y analizar hechos del pasado para una mejor comprensión de los procesos humanos del presente corresponden a tareas tradicionalmente asociadas, aunque no exclusivamente, a la Historia como ciencia. Ahora bien, cuando las dimensiones espacial y temporal se centran en un área y en un tiempo en particular definidas en conformidad a los intereses disciplinarios vinculados a una temática apasionantemente compleja, ello se corresponde a una señal de la existencia de una clara línea de trabajo investigativo. Este el caso de los estudios fronterizos y transfronterizos que hoy por hoy se desarrollan en el contexto de procesos en donde la tensiones entre lo global y lo local se traducen en una constante revisión del concepto de frontera. En dicho escenario de análisis, la existencia de dinámicas específicas entre culturas diferentes, moduladas por identidades y territorios particulares -como es el caso del amplio "sur de

* Profesores - investigadores del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile. Casilla 567, Valdivia, Chile. E-mail: revistaaustral@uach.cl

Chile”-, obliga a una búsqueda sistemática por develar estas complejas relaciones a partir de los estudios del pasado.

La historia colonial de América en general y chilena en particular, contienen en sus entrañas la respuesta a muchas de las problemáticas que en la actualidad se hacen visibles al ciudadano común a partir de los conflictos entre el Estado y las diversas culturas originarias del continente. Jorge Pinto Rodríguez, ha sido uno de los intelectuales que, situado en el sur de Chile, más ha contribuido para visibilizar, ampliar y profundizar en estas zonas del conocimiento histórico y sociocultural.

Profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica y Doctor en Historia por la Universidad de Southampton, Inglaterra, este destacado investigador ha publicado libros y numerosos artículos aparecidos en diversas revistas especializadas de Chile, Argentina, Perú, México, Costa Rica, Ecuador, Colombia, España e Italia. Entre sus obras destacan: La Serena Colonial; Tras la huella de los paraísos artificiales, La violencia de Coquimbo en el siglo XVIII y De la inclusión a la exclusión: la formación del Estado, la Nación y el Pueblo Mapuche, entre otros. Actualmente se desempeña como profesor e investigador del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de La Frontera de Temuco (UFRO), a la vez que ocupa el cargo de vicedecano de la Facultad de Educación y Humanidades de dicha casas de estudios.

Ricardo Molina: Aunque los pronósticos no eran auspiciosos, la investigación histórica ha ido ganando espacios e interés en nuestro país. ¿A qué atribuye este fenómeno y qué líneas y tradiciones de investigación distingue en la historiografía nacional actualmente?

Antes de contestar la pregunta, quisiera agradecerles la oportunidad que me brindan para conversar sobre los temas que plantean en esta entrevista. Desde que iniciara mis estudios en la Universidad de Chile en Valparaíso, allá por los años '60, la Historia ha llenado parte importante de mi vida. A pesar de las diversas circunstancias que he enfrentado y de algunos trabajos que tuve que desempeñar, tan lejanos al oficio de un historiador, nunca me alejé de ella. Gracias, de verdad. Voy, ahora, a lo que les interesa.

En primer lugar, quisiera señalar que no comparto plenamente la premisa de la pregunta. Si nos situamos en los años '80, particularmente a mediados de la década, las expectativas eran, en mi opinión, muy auspiciosas. Es cierto que el golpe de Estado significó un duro golpe para nuestra historiografía; sin embargo, ya hacia 1985 se habían producido algunos cambios que permitían mirar el futuro con mucho optimismo. Desde luego, la dictadura se había debilitado y ya no podía ejercer el control que mantuvo durante los primeros diez años. Recuerdo que hacia 1982 ó 1983 empezaron a movilizarse algunos jóvenes, hombres y mujeres, en un claro intento por recuperar el tiempo perdido. Yo venía regresando de Inglaterra y pude constatar en un Seminario celebrado en dependencias de la Catedral como, a pesar de las dificultades, se había iniciado una renovación, una de cuyas principales figuras era María Angélica Illanes. La presencia de don Mario Góngora, Rolando Mellafe y Alvaro Jara sancionaron un movimiento casi clandestino que había surgido en círculos académicos. Por esos mismos años empezaron a retornar algunos exiliados y el surgimiento de las Universidades Regionales constituyó otro aporte muy potente. Cobraron fuerzas las Jornadas de Historia de Chile y la Universidad de Los Lagos, entonces Instituto Profesional, convocó en 1984 al Primer Congreso de Historia Regional. Al margen de lo que ocurría en los ámbitos

El golpe de Estado significó un duro golpe para nuestra historiografía; sin embargo, ya hacia 1985 se habían producido algunos cambios que permitían mirar el futuro con mucho optimismo.

universitarios tradicionales, habría que recordar el rol de SUR, institución que jugó en esos años un papel muy relevante. Redes de antiguos académicos empezaron a revitalizarse en torno a grupos a ratos pintorescos, pero que llenaban el vacío de los años anteriores. Recuerdo, por ejemplo, las Tertulias Medinensis, celebradas tanto en Santiago como en Concepción y en otras ciudades del sur, oportunidades que se aprovechaban para discutir materias propias de la Historia y otras que tenían que ver con la situación política que se estaba configurando en el país. Ya en los '90, el panorama se aclaró, iniciándose un movimiento historiográfico muy fuerte al alero de las universidades (particularmente cuando se amplían los postgrados y las revistas especializadas) y de algunas ONGs interesadas en desarrollar las Ciencias Sociales. En el norte recuerdo, por ejemplo, los Talleres de Historia Regional (TER) y en Santiago el Centro de Estudios Medellín, que organizó numerosas reuniones para discutir las nuevas investigaciones sobre el mundo fronterizo y la historia de nuestros pueblos indígenas.

Desde luego el panorama en los noventa era muy diferente al de los '70, cuando se produce el quiebre generado por el golpe. La nueva situación que se vive fuera y dentro del país impactó a la historiografía. Afuera, el desplome de los socialismos reales, acompañado de la caída del Muro de Berlín y de los paradigmas que inspiraron los mega-relatos de los años previos, dieron origen a nuevas corrientes asociadas a la postmodernidad que reorientan el trabajo del historiador. En primer lugar, nos dimos cuenta que la economía no era la única clave para entender los procesos sociales. En segundo lugar, que la subjetividad era una condición de la cual no nos podíamos desentender. En tercer lugar, que la reducción historiográfica que había centrado la atención en algunos sujetos sociales (el proletariado, entre otros) quedaba largamente superada por la toma de conciencia respecto del rol de otros agentes a los cuales habíamos prestado poca atención: las mujeres, los grupos indígenas, los jóvenes, etc. En suma, se abrió al historiador un amplio campo antes poco explorado que tornó más desafiante el oficio. La propia historia económica debió asumir un rol más profesional, adecuándose a las condiciones que generan

los avances tecnológicos de los años '90. La computación, y poco antes las simples calculadoras electrónicas, permitieron abordar una serie de fuentes que antes eran muy difícil trabajar: me refiero, por ejemplo, a los archivos contables que ahora se podían manipular con más precisión y confiabilidad. La historia de las mentalidades, que tibiamente se había anunciado antes del golpe, emerge con nuevos impulsos, tornándose más atractiva y enriquecida por el desarrollo de la Psicología Social, una disciplina en pañales en los '60 ó '70.

En el interior también se produjeron cambios. Ya citaba el aparecimiento de las universidades regionales; sin embargo, más allá de lo institucional, el golpe de Estado reposicionó a la Historia Política y dio origen a una nueva Historia Social, preocupada ahora, por ejemplo, de los pobladores, cuyas movilizaciones en las protestas demostraron que las masas tenían distintas formas de expresarse frente al poder. Los movimientos indígenas también requirieron explicación y la globalización, con la revitalización de las corrientes identitarias y de protección al medio ambiente, nos obligó a dirigir la atención hacia donde antes no habíamos mirado. Naturalmente, todo esto se tradujo en nuevas líneas de investigación que fueron aunando antiguas prácticas historiográficas con aquellas que surgían del escenario en el cual empezábamos a movernos a fines del siglo XX. Un escenario que planteaba múltiples interrogantes, que hizo más atractivo el estudio del pasado y más exigente la demanda de una sociedad que busca en el historiador algunas respuestas a los fenómenos que observa. Por último, los balances tan usuales al término de un ciclo exigían la presencia del historiador en los debates del momento. Estos términos, señala Duby, provocan inquietud y la inquietud vuelca a hombres y mujeres a la memoria. Habría que recordar que a nuestra generación le correspondió vivir dos tránsitos: el del siglo XX al XXI y el del segundo al tercer milenio.

Yanko González: Aunque tardíamente, los aportes de la llamada “historia desde abajo” han dado frutos importantes en la historiografía chilena -pienso en la obra de Gabriel Salazar, entre otros-. Sin embargo, los intentos por democratizar los sujetos de atención histórica siguen siendo embrionarios. No sólo a partir de las dimensiones identitarias de clase o étnicas; sino también de género y particularmente de generación y territorio. ¿Cómo sitúa su trabajo al interior de las grandes tareas pendientes de la historiografía nacional y, particularmente, regional?

En cierta medida, la “Historia desde Abajo” se puede explicar en el marco de los cambios que antes señalaba, como una nueva corriente fuertemente demandada por los estudiantes universitarios y una sociedad que en el curso del siglo XX observó la irrupción de las masas. La Revolución Mexicana, la Revolución Rusa, las Guerras Mundiales, la Guerra Civil Española, las grandes movilizaciones políticas y los sueños colectivos, masificados como nunca antes se había visto, obviamente obligaron a mirar hacia sectores más amplios de la sociedad. Sin embargo, antes de seguir adelante, creo que es preciso hacer una aclaración. Desde mi punto de vista, habría dos maneras de entender la “Historia desde Abajo”. En el caso de la primera, se podría hablar de una historia escrita por obreros, campesinos, pobladores, mujeres o, en general, por todos aquellos que nunca tuvieron grandes cuotas de poder y que tampoco gozaron de grandes beneficios económicos, lo que supone una historia escrita a partir de sus propias experiencias de vida. La otra manera consiste en construir un relato del pasado desde esos sujetos, aún cuando no se sea obrero o campesino, como fue el caso, por ejemplo, de Raphael Samuel, cuyo intento en Inglaterra, y nada menos que en Oxford, estuvo orientado a dar cuenta del pasado a partir de la experiencia de los obreros, aunque el testimonio de éstos quedara mediatizado por su condición de historiador. Sus esfuerzos por separarse de la “historia de tambor y trompeta” y acercarla al común de la gente, validando la subjetividad y aprovechando la experiencia de la clase trabajadora fue, sin duda, un gran

aporte a nuestra disciplina. Creo que la “Historia desde Abajo” que hemos practicado en Chile se acerca al segundo modelo, salvo excepciones que no puedo precisar porque no conozco la vida de todos los historiadores chilenos. Presumo, en todo caso, que la mayoría de quienes nos dedicamos actualmente a la Historia provenimos de la clase media, una clase media que nos acerca bastante al mundo obrero o campesino (incluyo hombres y mujeres) y unos pocos al mundo indígena; pero, de todas maneras, una clase media que no es proletaria ni campesina. Por lo demás, cuando empuñamos la pluma para escribir creo que ya hemos dejado de ser, materialmente, obreros o campesinos. No se trata de desconocer nuestros orígenes, sino simplemente de colocar las cosas en su lugar y no atribuirnos un discurso que no nos pertenece en el más estricto sentido de la palabra. Esto mismo explicaría que nuestros lectores sean en su mayoría gente de nuestra clase, clase media, y no obreros o campesinos, la que acude a nuestros libros a explorar una historia que, en algunos casos es una “Historia de los de Abajo” y no “desde los de Abajo”.

Cuando empuñamos la pluma para escribir creo que ya hemos dejado de ser, materialmente, obreros o campesinos.

Hecha esta precisión, creo que hablar en la actualidad de “intentos embrionarios de una Historia desde Abajo” (o “de los de Abajo”) es no hacer justicia con tantos precursores que desde la primera mitad del siglo XX escribieron de “los de Abajo”. Me refiero, por ejemplo, a Hernán Ramírez, Julio César Jobet, Jorge Barría, Luis Vitale y algunos otros cuyos nombres olvido. Los suyos fueron intentos pioneros, largamente superados por el notable despegue de una historiografía más comprometida con los sectores populares producida en los últimos años. Por tanto, hablar de “intentos embrionarios” creo que tampoco hace justicia con esta última producción historiográfica, maciza, técnicamente bien hecha, provocadora e iluminadora de procesos que antes no conocíamos bien.

Sin duda, Gabriel Salazar marcha a la cabeza de este grupo. Su obra provocó un reposicionamiento de la Historia Social utilizando principios teóricos y metodológicos muy

novedosos que validaron la memoria de hombres y mujeres como instrumentos para construir conocimiento. Del mismo modo, dio sentido a su trabajo convirtiendo la Historia Social en un aporte destinado no sólo a comprender los problemas de las grandes mayorías del país, sino a sugerir soluciones a una clase política que ha mostrado cierta insensibilidad frente a sus demandas. En esta tarea tampoco cabe dudas que José Bengoa ocupa un lugar muy importante, junto a otros historiadores como Julio Pinto, Sergio Grez, María Angélica Illanes, Crisóstomo Pizarro, Vicente Espinoza, Mario Garcés, Eduardo Devés, Sergio González, Maximiliano Salinas, Rolf Foerster, Leonardo León, Isabel Torres, Pedro Milo, Igor Goicovic, Augusto Samaniego, y tantos otros repartidos a lo largo de toda nuestra geografía. En el ámbito de los estudios de género Sonia Montecinos ha desarrollado una labor de valor incalculable, seguida de otras historiadoras instaladas también en distintos lugares del país, como Edda Gaviola, Ana María Stiven, Margarita Iglesias, Diana Veneros, María Soledad Zárate y otras cuyos nombres se me escapan. También se ha desarrollado la Historia Regional con un fuerte compromiso con los sectores populares y grupos étnicos (entre los que incluyo al mundo indígena), con Sergio González y Jorge Iván Vergara, en Iquique; José Antonio González en Antofagasta; Hernán Cortés, Patricio Cerda y Roberto Páez en La Serena; los historiadores de la Universidad de Valparaíso y Católica de Valparaíso; Javier Pinedo y Pablo Lacoste en Talca; Leonardo Mazzei, Arnoldo Pacheco y Alejandra Brito, en la Universidad de Concepción; nuestro propio trabajo en Temuco, junto a Jaime Flores y Yéssica González; el de la Universidad de Los Lagos con Luis Alberto Carreño y Patrick Puigmal a la cabeza, y Mateo Martinic en Punta Arenas, en el extremo austral. En fin, creo que hay un panorama muy auspicioso y notablemente mejor que hace 30 años, panorama que nos permitiría presumir que el intento por rescatar la historia “desde abajo” ha dejado ya de ser embrionario.

En lo que a mí respecta, creo que mi trabajo se ha orientado a rescatar la historia regional y, dentro de ésta, la de aquellos

grupos con cuyas causas coincido. Me refiero, básicamente, a los peones del Norte Chico y al pueblo mapuche. A esto me referiré más adelante; aunque insistiría en que el desarrollo de nuestra historiografía ha empezado a cubrir los vacíos que existían hace algunos años.

R. M.: En este sentido, sus investigaciones se han desplazado desde la demografía histórica colonial, hacia esferas fundamentalmente identitarias, donde lo simbólico y lo territorial juegan un papel central en sus aproximaciones. ¿Qué suscita este aparente giro?

Mi acercamiento a los temas identitarios y de territorialidad ha estado marcado por circunstancias personales e intelectuales. Con respecto a las primeras, debo admitir que mi propia experiencia ha sido decisiva. Todos sabemos que tenemos múltiples identidades: hay, sin duda, una identidad nacional, otra de género, las hay también políticas, profesionales, religiosas, en fin, nuestras vidas están cruzadas por distintos sentimientos de pertenencia que van conformando esas identidades. En mi caso particular, siento que tengo una identidad regional que fui moldeando desde la distancia, una suerte de identidad ausente que se empeña en no desaparecer. Yo nací en La Serena, pero pasé mis primeros años en Punitaqui y Pisco Elqui, las tierras de mi padre y madre respectivamente. Aunque tengo recuerdos difusos de aquellos años, la aridez del primero y el sonoro trepidar de las aguas del río chocando con las piedras que caían de la montaña, me marcaron para siempre. Fueron estancias felices, acompañado de figuras que con el tiempo se tornaron mágicas. Siendo niño, partí a Antofagasta, luego a Tocopilla para retornar de nuevo a la primera donde cursé todas mis humanidades. En todos esos años, La Serena emergía siempre en el horizonte y Punitaqui y Pisco Elqui crecieron en mi imaginación. Mis padres eran unos tráfugas y yo seguí sus pasos. Recuerdo durante mis primeros años en el norte haberlos acompañado en los atardeceres de los lunes a la estación de ferrocarriles con la esperanza de encontrar un conocido entre esa interminable fila de viajeros que descendían de aquellos carros que habían pasado

por Ovalle y La Serena. Más tarde me di cuenta que era un afán inconfesado por mantenerse unido a la tierra. A ella volvimos cuantas veces pudimos, convencidos que Antofagasta era un lugar de exilio temporal. Más tarde partí a Valparaíso; mis años de estudiante universitario no borraron, sin embargo, los recuerdos de infancia. Siempre La Serena se mantuvo viva en la memoria. El Puerto pesa, marca, sus cerros, el plan, la belleza de Viña; pero, mi mundo no estaba allí. Más tarde, Inglaterra reforzó esa identidad y, por último, Temuco, tierra de lluvias y verdores que no son los míos, le dio forma definitiva. Curiosamente, siento por los trásfugas un aprecio enorme, una solidaridad especial con aquellos que en el silencio de la noche evocan tierras y parientes lejanos. En la literatura he encontrado numerosos testimonios que afianzaron esa solidaridad y en la historia, la vida de esos hombres y mujeres que un día fueron campesinos, mineros de ocasión al siguiente y aventureros en la pampa cuando el oro blanco los invitó a recorrer las soledades del desierto, terminaron por colocarme de su parte. Muchas veces, en mis ya interminables esperas en los terminales de buses, imagino la vida y los sentimientos de esos trásfugas, que se desplazan arrastrando recuerdos de lugares lejanos. Hay un cuento de Víctor Domingo Silva, “El Filarmónico”, que muestra el rostro festivo del errante; algunas historias de Bryce Echenique, los dolores de los “cholititos” que buscaron en Lima torcerle la mano a la pobreza. Esos sujetos, sumados al afecto lejano por la tierra que me vio nacer, me han llevado a plantearme el tema de la identidad.

Pero, la Historia también ha puesto su cuota. Por mis estudios he llegado a la conclusión que la identidad nacional se moldeó al alero de un discurso que acentuó los rasgos negativos del mestizo, rasgos que luego se generalizaron al ser nacional y que se concentraron, más tarde, en el indígena. Creo que la historia que recordamos puso el acento en las bondades del territorio y en las debilidades del chileno. Desde los escritores coloniales hasta los de nuestros días, pasando por José Victorino Lastarria, Benjamín Vicuña Mackenna, Vicente Pérez Rosales y Vicente Huidobro, entre otros, se construyó un sujeto nacional carente de virtudes. En el decir popular, la incapacidad para superar muchas dificultades

está en la “raza”, una creación demoníaca, explicaba un obispo del XVII, producto de la unión contra natura del español con el indio. Siento que es una identidad tremendamente castigada, que intentamos superar imitando modelos extraños que poca relación tienen con nosotros. En una actitud escapista, nos sentimos los ingleses de América del Sur, viviendo en la Suiza de las tierras australes. Contra esa corriente intento luchar desde la Historia, con la firmeza de un hombre que siente un gran apego a su tierra, a sus costumbres, sus estilos de vida, sus formas de sociabilidad. Un historiador que reconoce nuestras debilidades, pero que marca también las fortalezas que nos han permitido sobrellevar nuestros errores y alcanzar algunos éxitos. Asimismo, desde la Historia quisiera denunciar, como lo han hecho tantos intelectuales del continente, las posturas imitativas, casi arribistas, que menosprecian lo propio para ensalzar lo ajeno. No se trata de propiciar una actitud xenofóbica hacia el extranjero, sino de valorar lo propio y extraño con el debido equilibrio. No hacerlo podría provocar un debilitamiento de la identidad, con riesgos a los cuales me referiré más adelante.

Creo que la historia que recordamos puso el acento en las bondades del territorio y en las debilidades del chileno.

Y. G.: Algunos historiadores italianos -pienso en Giovanni Levi- vienen advirtiendo, a raíz del surgimiento de la llamada “microhistoria”, un proceso de “antropologización” radical de la historia, no sólo por la legitimación de otras fuentes -como las orales y visuales- para la construcción de conocimiento válido, sino por el giro hermenéutico y “narrativo” que ha tomado en los últimos años y por su acento en la reducción a escala y el énfasis en los análisis culturales de tipo microscópico. ¿Cómo percibe usted esta relación entre historia y antropología? ¿Es posible otro tipo de relaciones aún no exploradas?

Yo creo que en lo esencial Levi hizo justicia con la historia local (o “microhistoria” para otros) al precisar su verdadero rol: reducir el espacio para profundizar el análisis. Si la “microhistoria” desborda lo anecdótico o circunstancial para mostrar en una escala más pequeña tendencias válidas para otras realidades estamos frente a una corriente absolutamente válida. En esta perspectiva, es

obvio que la Historia ha tenido que superar prácticas tradicionales y abrirse a disciplinas afines, conforme a los progresos de éstas. Por otra parte, la importancia que hoy atribuimos a la memoria, en una sociedad que se ha “retribalizado”, hace que la llamada Historia Oral adquiera una importancia mayor. Convendría recordar que la Historia empezó siendo la recreación del pasado a partir del recuerdo de la gente; sin embargo, a medida que se fue consolidando la sociedad de la escritura (en la cual el texto escrito adquiere un valor superior a cualquier otro), la Historia terminó haciéndose tributaria de éste. En el fondo, los historiadores nos transformamos en hermeneutas de textos, olvidándonos del valor del testimonio oral. Simultáneamente se producen otros fenómenos de los cuales la Historia también ha tenido que hacerse cargo. Voy a citar dos: por una parte, ya decía antes que no se puede negar que el siglo XX fue el siglo de las masas; y, por otra, la irrupción de éstas tornó más complejos los fenómenos que analizamos. La propia sociedad formuló más preguntas al historiador, inquirió sobre cuestiones que antes no habían interesado, obligando a nuestra disciplina a desplegar esfuerzos para responder esa demanda.

Desde mi punto de vista, una de las primeras alianzas que observo en el siglo XX es con la Economía. Desde los trabajos de Labrousse, pasando luego por la Escuela de Los Anales y la Nueva Historia Económica Norteamericana, hasta los más recientes análisis del pasado económico, es evidente que la Historia Económica no habría avanzado demasiado de no haber contado con el apoyo de la Economía. Más tarde, la Demografía hizo aportes muy valiosos. Pudimos dimensionar la magnitud de los mercados, de la mano de obra, de los precios, etc., gracias a una disciplina, que nos permitió extender nuestras miradas hacia campos inexplorados. Y de esta a la Historia de las Mentalidades, apoyada por la Psicología Social, había un paso muy pequeño. Cuando de la mano de la demografía pudimos observar fenómenos como las frecuencias de los nacimientos, las tendencias en los matrimonios y la forma como enfrentábamos a la muerte, se perfilaron interrogantes y campos de estudio que antes no habíamos imaginado. Además, empezamos a vivir más tiempo

y en mejores condiciones, por lo tanto los recuerdos personales, transmitidos por la vía oral cobraron sentido; mucho más en los pueblos ágrafos de Africa y América que habían generado otros mecanismos para retener la Historia y que hasta ese momento no se habían utilizado. La Historia Oral, después de los orígenes de nuestra disciplina, obviamente tenía que alcanzar el nivel que logró en el siglo XX. Aunque algunos historiadores dudan de su valor, me parece obvio que la misma desconfianza que despiertan aquellos testimonios, deben hacerse extensivos a los textos escritos. El desarrollo de las Ciencias de la Comunicación contribuyó a resolver muchas dudas y en medio de estos debates empezamos tomar contactos con expertos que trabajan en campos, aparentemente, tan distintos a los nuestros. Finalmente, en este breve recuento quiero referirme al valor que alcanzó la Literatura como una disciplina complementaria a la Historia. A partir de los últimos 20 años del siglo pasado, la enorme cantidad de Seminarios, Talleres y Encuentros que buscaron profundizar los nexos entre Historia y Literatura creo que constituye uno de los hechos más sobresalientes de las últimas décadas. En el caso específico de Chile, creo que si pensamos en la “Historia desde Abajo”, obras como Juana Lucero, “La Viuda del Conventillo”, “Los Hombres Oscuros”, “El Roto”, “La Sangre y La Esperanza”, y tantas otras escritas a comienzos del XX, sobrepasan con largueza cualquiera de nuestros trabajos. No se trata de confundir Historia con Literatura, o atribuirle a esta última un valor que no tiene desde el punto de vista del historiador; sin embargo, desconocerlas es simplemente ignorar relatos muy iluminadores acerca de la situación social de Chile en los albores del siglo XX. Gilberto Triviños y Bernardo Subercasseau, son dos autores cuyas obras debieran ser lectura obligada para cualquier estudioso del pasado. En fin, la nueva historia política ha tenido que dirigir su mirada a la Sociología y la Filosofía; los estudios sobre los pueblos indígenas nos acercan a la Antropología y hoy día el denso tema de la globalización nos aproxima, sin duda, al geógrafo. De este modo, cada vez es más impensable que la Historia puede marchar sólo por sí misma. Y, con esto, nuestra disciplina no pierde. Al contrario, pienso que estamos viviendo un proceso de ampliación de nuestros campos y una diversificación

en las maneras de abordarlos. Por lo mismo, lejos de una supuesta “antropologización” radical de la historia o de un giro hermenéutico y “narrativo” que ponga el énfasis en los análisis culturales de tipo microscópico, estimo que nuestra disciplina crece. Desde mi punto de vista, mientras el historiador no olvide que su objeto está en el pasado, que su labor consiste en recrear el funcionamiento de las estructuras sociales y que es un profesional que está en condiciones de ofrecer miradas de larga y corta duración a la vez, podemos avanzar con confianza y sin crisis de identidad, a pesar de cuán difícil resulta hoy día distinguir a veces al historiador del geógrafo, economista, sociólogo o antropólogo. El diálogo entre todos creo que ha posicionado mejor a las Ciencias Sociales.

Y. G.: En lo que actualmente es el espacio geocultural del sur de Chile, hay una preocupación sistemática por el mundo hispano y germano en la historiografía regional. Últimamente, han emergido trabajos que han relevado a la población mapuche-huichille en relación al territorio y la construcción del Estado. Sin embargo, persiste una omisión sociohistórica sobre colectivos incluso mayoritarios, que han desaparecido para los historiadores: pienso en la población mestiza y criolla que soportó el temprano proceso agroindustrializador llevado a cabo por los colonos alemanes. Esto nos lleva a reflexionar sobre los fundamentos políticos e ideológicos que modulan la investigación histórica; en ese sentido, ¿cómo ha enfrentado usted estas condicionantes a la hora de relevar a unos actores sociales por sobre otros?

Creo que en los últimos años ha surgido una preocupación por los mestizos. Probablemente el caso más relevante sea el de Leonardo León, cuyas apreciaciones respecto al rol que estos jugaron en la historia fronteriza postocupación no han pasado inadvertidas. En cierto sentido, León tiene razón, pues como sugiere la pregunta pareciera que sólo los españoles, indígenas y colonos extranjeros cuentan en la Frontera, cuando sabemos, en verdad, que no es así. Los hispanocriollos que llegan desde el siglo XVI en adelante, sumados a los mestizos que nacen en

la misma Frontera, fueron configurando un conglomerado que contribuyó de manera decisiva al desarrollo de la economía y sociedad regional. Le concedió, también, el carácter fronterizo que tuvo. Yo creo que los estudios coloniales no los olvidó. Los tipos fronterizos que examina Villalobos da cuenta de ellos. Más bien, en los últimos años la atención se ha centrado en el mundo indígena, relegando a un segundo plano al mestizo, a pesar de que poco antes de iniciarse la ocupación, la llegada de campesinos de la zona central los reposicionó de nuevo. Más tarde, la colonización nacional los transformó en una población masiva que se ocupó en las obras viales y en las haciendas fronterizas como mano de obra barata, pero eficiente, cuyo papel fue clave en el despegue de la economía durante la primera parte del XX. Sin embargo, a pesar de esto en los últimos años se les ha asociado al bandolerismo y a la trasgresión, y, sólo recientemente, José Bengoa en sus estudios sobre la agricultura chilena, matizó las referencias a ellos. Por su parte, Leonardo León los convirtió en las grandes víctimas de la ocupación. Chile es un país de mestizos y frente a la ausencia de ellos en la historia fronteriza de los últimos años la opinión de León podría expresar, tal vez, el reclamo de una sociedad que no está dispuesta a aceptar que una parte de su historia (la historia fronteriza) no haya incluido al “gran sujeto nacional”. Sería algo así como un capítulo de nuestra historia sin “rotos” en el país del “roto chileno”. Al menos esa impresión me ha dejado Leonardo León en las pocas conversaciones que hemos sostenido sobre el tema. Y puede tener razón. Sin embargo, lo que no se puede sostener es que toda la violencia que se desata en la Frontera durante y después de la ocupación haya recaído sólo en los mestizos. Los mapuches perdieron y siguieron perdiendo sus tierras; sufrieron violencia y siguieron sufriendo violencia; fueron acosados y continuaron siendo acosados material y culturalmente por el Estado y sus agentes. Mientras no se resuelva el tema indígena pienso que los mestizos seguirán postergados por la historiografía regional, a pesar que varios estudiantes de postgrado de diversas universidades han mostrado en los últimos años interés por ellos. Nuestros últimos estudios sobre la población de la zona en el siglo XX nos han permitido avanzar algo, aunque debo reconocer, como lo sugiere

*Mientras el historiador
no olvide que su objeto
está en el pasado
podemos avanzar con
confianza y sin crisis de
identidad*

la pregunta, que es una materia que convendría incorporar a los estudios fronterizos. Al margen de lo de Villalobos, Bengoa y León, algo han hecho Carmen Norambuena y Guillermo Bravo y en esa línea deberíamos seguir avanzando.

Para no dejar nada en el tintero, en mi caso particular el interés por el mundo indígena del siglo XIX es tributario de una convicción. Me asiste la certeza que el conflicto que desata el Estado cuando invade la región sigue frenando el desarrollo regional. La violencia que empleó, las heridas que abrió y su absoluta incapacidad para sentar las bases de una “chilenidad” u otra identidad regional concensuada y no conflictuada, se traduce en los indicadores tan negativos que muestra la región en el día de hoy. A fines del XIX Isidoro Errázuriz en su libro “Tres Razas” imaginó la confluencia del colono nacional (mestizo), con el inmigrante europeo y el mapuche en un crisol que resumiría la nueva humanidad fronteriza. El crisol no emergió y el conflicto ha seguido marcando las relaciones en la Araucanía. Creo que los historiadores debemos contribuir a mostrar una historia poco conocida, ignorada a veces intencionalmente en el centro del país y que, desde mi punto de vista, contribuye, por ignorada, a que el país no enfrente adecuadamente sus conflictos.

R. M.: Si bien usted es un investigador que se ha destacado en los estudios fronterizos, ¿qué dificultades entraña para el investigador la interpretación de fenómenos y procesos étnicos desde una óptica cultural “otra”, en su caso “huinca”?

Es, sin duda, una gran limitante que creo no haber resuelto correctamente. Eso me ha llevado a definirme como un historiador del mundo fronterizo, a diferencia de quienes estudian el mundo indígena propiamente tal. Como no mapuche provengo de una cultura que opera con valores y códigos distintos, que a veces dificulta la comprensión de algunos fenómenos. Me complica también que historiadores no mapuche colonicemos la historia mapuche, trasladando hacia ésta metodologías y paradigmas interpretativos propios de la historia occidental. Como me comentaba Héctor Nahuelpán, un estudiante mapuche de la Universidad de La

Frontera, suele ocurrir que definimos la historicidad mapuche sólo en su relación con el mundo no indígena, olvidando que ésta tiene una dinámica propia basada en principios, códigos y reglas que se establecen por sus costumbres, prácticas sociales, políticas, pensamiento y conocimiento de la sociedad. Todos estos principios se conservan en la memoria colectiva del pueblo mapuche, dándole un sentido distinto a muchos fenómenos que, desde la perspectiva nuestra, interpretamos a veces muy mal. Pienso que los antropólogos están en mejores condiciones para resolver estos problemas y, por cierto, quienes seriamente se formaron en el campo de la etnohistoria. Si tuviese que identificar algunas de mis principales dificultades, no podría dejar de señalar, por ejemplo, lo complejo que es comprender el choque que se produjo entre la cosmovisión indígena y el mensaje de los misioneros. Hace algunos años escribí un artículo que titulé “La fuerza de la palabra. Evangelización y resistencia indígena”. Ciertamente me hubiese gustado manejar mejor en este campo para abordar un tema apasionante. Del mismo modo, comprender cabalmente el sentido de la territorialidad indígena es clave cuando se explora la economía regional. La Araucanía, como definición de territorio, es una construcción colonial; sin embargo habitualmente la validamos para abordar algunas situaciones que no corresponden a esa construcción; aún, las alianzas tribales y pantribales son decisivas para comprender amplios capítulos de la historia fronteriza; en fin, son muchas las dificultades que no siempre se pueden resolver adecuadamente.

Y. G.: Por cierto, asistimos en los años 90' a largas querellas entre diversos historiadores respecto al lugar -y valor- de la cultura mapuche en la sociedad chilena. Usted ha trabajado y debatido con Sergio Villalobos, uno de los protagonistas de estas discusiones públicas. ¿Qué fortalezas y qué debilidades advierte en el trabajo y las opiniones del señor Villalobos?

Antes de abordar esta pregunta quisiera insistir en el respeto que me merece Sergio Villalobos. Fue mi maestro y gracias a él me hice historiador. Desde joven pude apreciar sus grandes fortalezas:

una entrega absoluta a la disciplina, una rigurosidad a toda prueba, una notable capacidad para seducir, en el mejor sentido de la palabra, a sus alumnos. Nos enseñó a amar la Historia, a soñar con ella y a disfrutar nuestro trabajo. Por lo demás, todas nuestras diferencias se refieren exclusivamente a la historia de la Araucanía de los siglos XIX y XX. Voy a marcar algunas.

En primer lugar, hay una clara discrepancia respecto de lo que ocurre a partir de 1860. Villalobos insiste en que estaríamos en la última fase de una historia que empieza en el XVI, mientras otros historiadores pensamos que se trata de un nuevo ciclo en la historia fronteriza, marcado por la presencia del Estado. Mientras Villalobos insiste en que estaría concluyendo la pacificación, varios pensamos que se estaría desmontando el espacio fronterizo, para dar paso a la invasión del territorio por parte de un Estado que establece nuevas reglas de juego. Uno de los primeros en plantearlo fue Arturo Leiva en su libro “El Primer Avance a la Araucanía. Angol, 1862”, que publicamos en la Universidad de La Frontera en 1984. La crítica de Villalobos fue implacable, señalando que esta obra era un cúmulo de errores desde el título mismo. Apreciaciones similares ha formulado sobre la Historia del Pueblo Mapuche de José Bengoa y algunos trabajos de Rolf Foerster, Jorge Iván Vergara, Guillaume Boccara y los míos. Modestamente creo que Villalobos no ha demostrado mayor sensibilidad para diferenciar los procesos de larga duración y las coyunturas que se han producido en la Araucanía.

A esta primera diferencia habría que agregar su falta de sensibilidad para juzgar la acción del Estado y los agentes que llegan con él. Nuestro maestro insiste en que se usó poca pólvora, no se cometieron injusticias y que, como sugirió Cornelio Saavedra cuando recién se iniciaba el proceso, el ejército necesitó más mosto que balas. No se por que razón, ignorando una enorme cantidad de testimonios, Villalobos insiste en este planteamiento. Lo mismo lo lleva a descalificar las movilizaciones mapuches y a asumir una actitud muy agresiva hacia el mundo indígena y los historiadores que nos hemos propuesto mostrar una historia distinta a la que oficialmente se ha asumido en Chile. Su afán por romper mitos

y desmilitarizar la historia de Chile creo que, en esta materia, le jugado una mala pasada. A mí me sorprende que un historiador tan riguroso y tan respetuoso de las fuentes actúe en esto con evidente parcialidad, legitimando sólo algunos documentos y negándole validez a otros. El problema se agrava porque, en medio del debate, busca descalificar las opiniones de quienes no piensan como él mezclando argumentos que confunden o simplemente resultan divertidos. En mi caso particular, un comentario sobre mi libro acerca del Estado y el Pueblo Mapuche lo convirtió en un pequeño ensayo en el cual, entre cosas, me reprocha hablar de “nuestra historia” cuando, como se sabe, nací “en las resecas tierras del Norte Chico”. Otro comentario que publicó en “El Mercurio de Santiago” fue más delicado porque asociaba mis planteamientos sobre la Frontera con el conflicto limítrofe de Chile y Bolivia, atribuyéndome intenciones que afectaban también a mi Universidad, una Universidad tan respetable como las otras del país. Por respeto al maestro y por la calidad de las acusaciones no me pareció oportuno replicar.

Hay una tercera cuestión que también ha generado diferencias. Sergio Villalobos cree que el pueblo mapuche desapareció en el siglo XIX y, aún, parece alegrarse de que eso hubiese ocurrido. Muchas veces tengo la impresión que, retomando viejos argumentos del positivismo decimonónico, considera justo que los pueblos que él considera “atrasados” o que poco han aportado al desarrollo del país, desaparezcan. El progreso, señala, los elimina naturalmente. De estas apreciaciones deduce que los historiadores y antropólogos que no compartimos sus juicios, “inventaron” al mapuche del siglo XX. Desde mi punto de vista, comete dos errores: en primer lugar, ignorar el aporte de los mapuches al desarrollo de nuestro país y, en segundo lugar, no reconocer su existencia en el siglo XX. Con relación a lo primero bastaría recordar el enorme papel jugado por los mapuches en la constitución de la riqueza ganadera durante la colonia, la fabricación de ponchos, etc., sumado a los valores que rescatamos de ellos en el XIX al momento de fundar el Estado y la Nación; y, con relación a lo segundo, el pueblo mapuche ha dado muestras de sobrevivencia que son admirables y

Creo que Villalobos no ha demostrado mayor sensibilidad para diferenciar los procesos de larga duración y las coyunturas que se han producido en la Araucanía.

que sobrepasan sus juicios. Hoy se ven en las comunidades, en Temuco, en la Universidad, en los Servicios Públicos, en el ejercicio de profesiones respetables, en la educación, tanto en nuestra región como en Santiago, Valparaíso y Concepción. Los censos chilenos de todo el siglo XX los registró como tales, la prensa dio cuenta de sus agrupaciones y movilizaciones, la clase política no los pudo ignorar, entonces, ¿a título de qué un historiador se empeña en argumentar que han desaparecido?

Para equilibrar un poco las cosas, tendría que reconocer que la comunidad de historiadores chilenos no está acostumbrada a las polémicas fuertes. Aunque existen diferencias de interpretación muy acentuadas entre nosotros, la convivencia armónica ha predominado por sobre el debate. Villalobos rompe este esquema. Tal vez por la naturaleza de su carácter asume un rol vigilante, atento para someter a juicio crítico casi todo lo que se escribe. Eso hace bien a la disciplina y, aunque a veces sus opiniones irritan, no tengo dudas que sus actitudes han contribuido a desarrollar la disciplina. Sergio Villalobos ha sido uno de los grandes historiadores del siglo XX. El que se haya ocupado de lo que uno escribe es un honor y debo agradecerse. Al menos no se olvida de quienes fuimos sus discípulos. Nuestro maestro seguirá siendo genio y figura hasta la sepultura.

R. M.: Dentro del marco académico, la formación de los futuros historiadores resulta fundamental a la hora de construir la historia de una sociedad cada vez menos excluyente. ¿Qué sugerencias curriculares plantearía usted a las instituciones de educación superior con este fin?

Yo creo que más que historiadores, en nuestras universidades formamos profesores de Historia y Geografía, por lo tanto yo me referiré, más bien, a la responsabilidad que tenemos en nuestro papel de formador de futuros maestros de liceo. En mi opinión, nuestra primera tarea debería consistir en sensibilizar a las autoridades del Ministerio de Educación para profundizar algunos cambios que se empiezan a observar. En primer lugar, concederle mayor espacio a la

historia latinoamericana, a la historia nacional y al tratamiento de las problemáticas locales y regionales en los programas de Enseñanza Media. Así mismo, analizar lo que ocurre en Africa y Asia, cuyas historias apenas conocemos. No se trata de restarle mérito a las historias de Europa y el Cercano Oriente, privilegiadas hasta ahora, sino de ampliar los conocimientos sobre realidades más parecidas a las nuestras. Si se procediese así, en las universidades deberíamos introducir cambios en nuestras mallas curriculares que incluyan cursos sobre la historia de aquellas regiones que actualmente se tratan de manera muy ocasional. Del mismo modo, deberíamos revisar una cuestión más de fondo vinculada a la historia que recordamos. Es obvio que la Historia ha sido la disciplina que más contribuyó y sigue contribuyendo en la escuela a la consolidación del Estado y la Nación. El carácter épico que se le da a los cursos, el panteón de héroes que hemos construido y los valores que se difunden obligan a nuestros profesores a hacer de sus clases un verdadero panegírico del pasado. Se ocultan, así, grandes capítulos de nuestro pasado; se invisibilizan grupos sociales y étnicos de distinta naturaleza; se opacan hechos; se entregan visiones tergiversadas de otros, etc., etc. Un par de ejemplos podrían ilustrar lo que señalo. La Guerra del Pacífico es materia ineludible en los programas del Ministerio. Se enseña en la básica y en la media; sin embargo, ¿qué estudiante que ha pasado por esos cursos conoce medianamente los problemas de fondo que afectaron a Chile, Perú y Bolivia en los años previos a la guerra, que impidieron que las diferencias limítrofes surgidas entre Chile y Bolivia se resolviesen a través del diálogo? Y respecto de la Independencia, ¿por qué seguir llamando “guerra a muerte” a un episodio que da cuenta de una resistencia regional a un movimiento liderado por Santiago? ¿Por qué incorporamos tan poco el papel de nuestros intelectuales, empresarios y trabajadores en general? ¿Qué pasa con las mujeres? Y los niños, ¿nunca existieron en Chile? Tengo la impresión que usamos la Historia casi exclusivamente para inflamar el espíritu nacionalista, evitando analizar problemas de fondo que podrían dejarnos enseñanzas más valiosas sobre el pasado y experiencias más útiles para enfrentar los desafíos del presente. Y esto habría que emprenderlo sin transformar la enseñanza de

la Historia en un ajuste de cuentas o en un interminable lamento basado en las cosas que no hicimos bien.

Señalo lo último porque creo que deberíamos también, al menos algunos de nosotros, repensar nuestra forma de plantearnos en los cursos universitarios. Enseñando en una oportunidad en la Universidad Complutense de Madrid descubrí que entre los estudiantes españoles y los nuestros hay una gran diferencia. Mientras los primeros viven con su historia, los nuestros contra la suya. Una de las características de los estudiantes de Historia es su marcado acento crítico, a veces demoledor. Una de las razones para que esto ocurra podría estar en el discurso contestatario que asumimos frente a la llamada historia oficial. Nuestros cursos suelen ser una cadena de denuncias frente a la explotación, el despilfarro, el inadecuado manejo de los recursos, etc. Chile es un caso de desarrollo frustrado, de desarrollo del subdesarrollo, una caldera del desierto, un Estado que se construyó aplastando a las regiones y al mundo indígena, una dictadura implacable; es decir, una especie de triste historia que tenemos que cargar sobre nuestras espaldas muy a nuestro pesar o con nuestro abierto rechazo. Y nuestros alumnos parecen disfrutar con esto. Mientras más denuncias escuchan, más atractivos parecen los cursos y más convocantes sus profesores. Yo no niego que todo lo que resumen los títulos de libros y artículos que citaba recién sea cierto, tampoco discuto la necesidad de mostrar sin tapujos nuestro pasado, de denunciar todo lo que se debe denunciar; pero, introduciría, en algunos casos, un mayor equilibrio. Esto lo he conversado varias veces con mis alumnos en la Universidad de la Frontera, particularmente porque tenemos que ser muy cuidadosos a la hora de asumir nuestra responsabilidad en lo referido a la influencia que ejercemos en el moldeamiento de nuestra identidad. Un pueblo que no ama su historia, que no se reconoce en ella, debilita su identidad y un pueblo con identidad debilitada puede ser fácil víctima de los intereses de las grandes potencias extranjeras. El capitalismo central requiere de una periferia debilitada para seguir extrayendo de ésta los excedentes que requiere para fortalecer su sistema de dominación. Pudiera

ser que, sin darnos cuenta, caemos en una trampa que nos tendemos nosotros mismos.

Por último, me parece que deberíamos aportar a nuestros alumnos ciertas competencias que les permita llevar al aula los progresos de la disciplina. A veces tengo la sensación que se sigue enseñando en el liceo cosas que se dijeron en el siglo XIX, pasando por alto la mayor parte de los avances historiográficos. Esto supondría, entre otras cosas, reformular las pruebas que se utilizan para el ingreso a la Universidad, exámenes que gravitan demasiado en las exigencias para el profesor del liceo respecto de las materias que debe enseñar. Pero, por otra parte, implicaría también adecuar mejor nuestros cursos para que los alumnos que asisten a ellos puedan enseñar en el liceo lo que aprenden en la Universidad. Siempre recuerdo un artículo muy sugerente de Ana María Barletta y Gonzalo de Amézola, publicado en la Revista Entrepasados de Argentina en 1992, cuyo título es “Esquizohistoria e historiofrenia”. En él ambos autores dan cuenta del drama que viven los alumnos argentinos al transitar del secundario a la Universidad y de ésta al secundario de nuevo, que se podría hacer extensivo a nuestro país: al llegar a la Universidad se deslumbran con lo que empiezan a escuchar, novedades que jamás habían imaginado, una historia nueva, dinámica, apasionante, incluyente, tan novedosa que se vuelven esquizofrénicos; sin embargo, al volver al liceo se enfrentan con el drama de no poder enseñar tantas novedades, no disponer de los medios ni la capacidad para transmitir los nuevos aprendizajes, entonces se ponen histéricos, terminando por caer en los manuales y repetir lo que escucharon de sus profesores cuando fueron adolescente, sin que el paso por la Universidad deje huellas en sus clases. Algo deberíamos hacer para evitar esto.

En lo que respecta a la formación de las nuevas generaciones de historiadores, creo que la receta es más simple: cariño por el trabajo del historiador; absoluta convicción que nuestras horas de archivo o trabajo de campo son vitales; estar atento a lo que sorprende o inquieta; mucha constancia; no menospreciar la teoría

Chile es un caso de desarrollo frustrado, de desarrollo del subdesarrollo, un Estado que se construyó aplastando a las regiones y al mundo indígena

y las nuevas sugerencias metodológicas que recomiendan quienes tienen más experiencia que nosotros; seguir muy de cerca lo que se publica y no apartarse de la comunidad de historiadores que siempre tiene mucho que enseñar. Para los más jóvenes, pienso que también es muy importante descubrir al maestro, a la figura que los pueda guiar en su esfuerzo por convertirse en historiador. Manteniendo la adecuada libertad, nada es más seguro que dejarse llevar por quien sabe más. La relación maestro-discípulo es clave en la formación del historiador. Mi experiencia indica que la capacidad de admirar es muy positiva.

Y. G.: “No hay memoria sin olvido”. Lugar común o paradoja, lo cierto es que la memoria -social y colectiva- se ha transformado en un lugar de reivindicación y ha propiciado el empoderamiento y la lucha por el control “del recuerdo” en nuestras sociedades. El debate es extenso, sin embargo desde las miradas “cientificistas”, se ha exiliado a la memoria como cantera de “objetividad” y rigor historiográfico. ¿Cómo ha situado en su propio trabajo esta dimensión?

Creo que esta pregunta tiene algo que ver con lo que planteaba en una respuesta anterior. De alguna manera, muchos historiadores hemos entrado a disputar un espacio en la memoria que se quiere transmitir a los chilenos. Admito que podría corresponder, como sugiere la pregunta, a la lucha por “el control del recuerdo”. En lo que a mi respecta, creo que tengo una deuda con los peones del Norte Chico y el pueblo mapuche de la Araucanía. En ambos casos, pienso que sus historias son menos conocidas y a veces tergiversadas. La tentación de sentirse el Robin Hood de la Historia es grande y debo confesar, tal como sugería en una respuesta anterior, que muchas veces hago mías las causas que yo creo eran las suyas.

En el caso de los peones del Norte Chico, y por cierto incluyo a las mujeres, he soñado con recrear sus vidas y transmitir las a las nuevas generaciones con la admiración de un historiador que enfrenta sujetos que vivieron en condiciones muy ásperas, pero que

fueron capaces de sobreponerse y acercarse a lo que podríamos llamar felicidad. Tanto en la Colonia como en el siglo XIX las fuentes dan cuenta de un trabajo agobiador, de una alimentación precaria y de exigencias que para algunos viajeros eran casi imposibles de soportar. Domeyko señaló que vivían peor que los deportados en Siberia y otros coetáneos hablaron en una tierra demonizada en media de la cual asomaban los peones cargando todo el peso de un trabajo abrumador. Errantes por naturaleza, hombres y mujeres se descolgaban de los valles para acudir a las faenas mineras cuando estas eran atractivas o volver a las haciendas cuando la veta se agotaba. La familia quedaba en el camino, desatándose verdaderas tragedias cuando los sentimientos se confundían en medio de tanta soledad. La vida se agotaba rápido; sin infancia, la adultez llegaba a los 10 años y la muerte se precipitaba antes de los 30, si un accidente o una pendencia no la apagaba antes. Así y todo, las fuentes muestran hombres felices, creativos, trasgresores, capaces de crear sus propios estilos de vida y, sobre todo, solidarios. En la placilla o en sus ranchos daban rienda suelta a sus pasiones y al disfrute de la vida. En la imaginación de estos hombres y mujeres, la posibilidad de dar con un “brillo” siempre iluminó sus vidas. Podía ser la veta que los apartaría para siempre de la miseria, un trabajo ocasional que transformaría sus vidas o simplemente el amor descubierto en el recodo de un camino. El “brillo”, siempre el “brillo” marcó la vida de estos hombres y mujeres del Norte Chico. Algo de esto se descubre en sus devociones marianas, en las leyendas de los derroteros, en sus pactos con el diablo y en sus peculiares algarabías que los empresarios y autoridades civiles y eclesiásticas condenaban con tanta firmeza.

En medio de tanta aspereza, un halo mágico parece envolver sus existencias. Vicuña Mackenna, que tanto desacreditó al mapuche, fue más justo con estos hombres; los describió con la fineza del escritor que los conoció cuando sus existencias se apagaban por el ruido de las balas que en Santa María buscó disciplinarlos. No quisiera aparecer avalando una tendencia “derechista” de la Historia Social que excluye la explotación y que adhiere, en el lenguaje de Samuel, a una suerte de primitivismo romántico que olvida la

*No quisiera aparecer
avalando una
tendencia “derechista”
de la Historia
Social que excluye
la explotación y que
adhiere, en el lenguaje
de Samuel, a una
suerte de primitivismo
romántico.*

crudeza e injusticias a que fueron sometidos aquellos trabajadores y trabajadoras; sin embargo, no me canso de evocar la forma como enfrentaron la vida y siento que en mi condición de historiador debí hacer algo más para transmitir a mis alumnos experiencias que dan cuenta de un Chile con más tonalidades. Para aquellos hombres y mujeres de los valles de mi tierra hubiese querido disponer de mayor talento para instalarlos mejor en la memoria de nuestro país.

El caso de la Frontera es distinto. Si de sujetos sociales se trata, transité desde los bandoleros del XIX a los misioneros de los siglos XVII, XVIII y XIX y, finalmente, al pueblo mapuche en su relación con la economía colonial y el Estado Nacional. En los tres casos, se trató de sujetos que enfrentaron un mundo muy distinto al de los peones del Norte Chico. Aquí el bosque, la lluvia y los días grises de inviernos interminables los acompañó durante toda su existencia. Es una historia, además, muy confrontacional, sobre todo en el caso del pueblo mapuche, un pueblo agredido en su propio territorio. Siento, además, que es una historia más compleja, de conflictos seculares que tienden a agravarse sin que demos con soluciones reales. Es una historia, también, muy tergiversada. Con los años me fui dando cuenta que mi función de historiador debía orientarse a tratar de explicar aquellas complejidades y, sobre todo, por qué razones la Araucanía había derivado en una realidad, a fines del siglo XX, que la coloca en las últimas posiciones de acuerdo a los indicadores de organismos internacionales que miden calidad de vida, niveles de progreso y esperanzas en el futuro. En el fondo, explicar por qué la Araucanía se aprecia como una región “perdedora”, incapaz incluso de valorar sus propias potencialidades. Digo esto porque de todos los indicadores que últimamente ha mostrado el PNUD, el más delicado tiene que ver con la escasa confianza que la gente de la región tiene en sí misma. Algo ocurrió en la Frontera para que aquí la desconfianza, el temor y la sospecha estén al acecho. Alguna vez un dirigente mapuche me explicaba que nunca algo que vino del norte trajo buenas nuevas a la región y por eso hay que estar a la defensiva. Revertir esa sensación es difícil, pero si algo podemos hacer los intelectuales para conseguirlo, sin ocultamientos, con rigor y honestidad profesional, pienso que estaríamos retribuyendo

en parte lo que la sociedad nos entrega por dedicarnos a estos oficios. En suma, quisiera en la Frontera ayudar a construir una memoria que rescate del pasado signos positivos, episodios de diálogos y entendimientos, hombres y mujeres que se esforzaron por superar las dificultades y que, a pesar de las agresiones, creyeron en un mundo mejor. Me gustaría descubrir en la Frontera los “brillos” del Norte Chico e iluminar los días grises del invierno con el recuerdo de lo que hicieron Caupolicán, Carampangue, el padre Luis de Valdivia, Lientur, Pelantaru, los aventureros como la Monja Alférez y Pineda y Bascuñán, los hombres que pactaron en Quillín, el padre Rosales, los que dieron vida al mundo fronterizo en el siglo XVIII, los constructores que diseñaron las viejas rastrilladas que cruzaban la Pampa durante la Colonia, los que defendieron los intereses regionales durante la independencia, los que lucharon por evitar la violencia a fines del XIX; los que la enfrentaron como Mañil y Kilapán para defender sus intereses, los que denunciaron los abusos como Manuel Manquilef y Tomás Guevara, los que intentaron dialogar como Pascual Coña, los ingenieros Lastarria y Verniory, que lideraron los trabajos del tendido ferroviario cuando concluía el siglo XIX, los poetas que cantaron las penas de Arauco y todas aquellas figuras que en el XX se esforzaron por lograr el desarrollo regional con respeto a la diversidad y sin imponer posturas hegemónicas como las hermanas Quintremil, las esforzadas maestras de Imperial; Herminia Aburto y Laura Chihuailaf, precursoras de las organizaciones femeninas mapuche; Isalde Reuque, que ha seguido su senda; Elicura Chihuailaf, que se empeña en construir puentes a través de recados confidenciales que nos invitan a serenas reflexiones. Recordar también a los inmigrantes, pobres y sin recursos, que llegaron a la Frontera arrastrando historias de vida que fueron olvidando poco a poco para forjar su nueva identidad; recordar sus angustias, alegrías y esperanzas; sus ideales de un mundo más justo, encubierto en el anarquismo que arrastraron hasta estas tierras; a los que lograron sus metas, a los que se confundieron con los peones y campesinos que llegaron del Valle Central. En fin, a todos quienes dieron forma a los “brillos” del Norte Chico.

R. M.: Para terminar profesor, a la hora de un debido balance, qué aportes hechos por usted en su larga carrera considera excluidos del debate historiográfico en Latinoamérica.

Creo que esta pregunta deberían responderla historiadores que con más propiedad han traspasado los límites de nuestras fronteras. Sólo quisiera reiterarles mis agradecimientos por el honor que me han concedido y recordarles que cuanto aquí he dicho constituye una reflexión en texto escrito absolutamente personal.